

ra uniforme. Complaciase principalmente en acometer á los animales grandes: cada vez que se acercaban á él dos hipopótamos que figuraban en la colección, y eran los primeros que se han visto en Alemania, trataba de morderlos, ó mas bien arañarlos, pues no podía atravesar su dura y gruesa piel. Lo mas divertido era, que cuando lograba coger la cabeza del enorme animal, este abría la boca tranquilamente, como para advertir al perro-hiena que tuviese mas cuidado; y el carnívor, cual si comprendiese el aviso, no trataba ya de acometer á su adversario, tan terrible en apariencia como pacífico en el fondo. Estaba lo mas domesticado que puede estarlo semejante animal; mostrábase muy contento cuando se acercaba su guardian para acariciarle, lo cual no impedía que este tuviera las manos llenas de mordiscos que le había dado el perro-hiena, acaso sin intencion, pero sí jugando y por gusto de morder.

Al examinar las costumbres de este animal, vemos desvanecerse toda semejanza entre él y las hienas. Su expresion de viveza, de alegría y astucia, difiere mucho del aspecto brutal y estúpido de la hiena; pero la diferencia es aun mayor cuando se comparan los movimientos ligeros y graciosos del primero con los de la segunda.

Prescindiendo de todo esto, el perro-hiena vive alegremente en pleno día, mientras que la hiena parece ser hija de la sombra nocturna.

Mas tarde he visto varios de estos animales y hasta he tenido algunos en cautividad. Parece distinguirse este animal por su carácter impetuoso y por sus irresistibles deseos de morder, no con la intencion de causar daño, sino mas bien con el objeto de ocupar en algo su espíritu en extremo sensible. Cuando experimenta una emocion cualquiera, vibra y palpita cada una de sus fibras; su extraordinaria vivacidad reviste todas las apariencias de una jovialidad extremada y se trasforma luego en selvaticidad, malicia y rapacidad. «El ladrar de nada sirve, lo que importa es morder;» tales son las palabras que pone Grandville en boca de su lobo: no cabe duda que las hubiera puesto en boca del perro-hiena si hubiera tenido de él conocimiento; pues la mayor parte muerden sin motivo, como para divertirse, y sin malicia alguna. Dan mordiscos al guardian pocos momentos despues de haber tomado de sus manos la comida; son tan impetuosos en sus caricias como en sus acometidas contra la presa.

Los perros-hienas cogidos desde pequeños se acostumbra pronto á ciertas personas, al guardian y á los que van á verle con alguna frecuencia: á la vista de un conocido manifiestan su contento, como no lo hace ningun otro carnívoro de los por mí conocidos. Cuando se les llama se levantan, saltan como locos dentro de su jaula, échanse contra los barrotes de la misma; por el mero gusto de jugar se traba entre ellos una especie de lucha, muérdense los unos á los otros, se separan súbitamente, corren de un extremo á otro de la jaula dando saltos de alegría, y gritan incesantemente produciendo una especie de murmullo.

No bien se introduce en la jaula el hombre que ha provocado esta indescriptible algazara, vése al momento cercado, asaltado y saludado con los mas extraños sonidos, y no pocas veces se le muerde ó araña como en prueba de cariño. Estos animales muestran una extraordinaria viveza desde los primeros años; aunque no es imposible domesticarlos, es sin embargo muy difícil; se obtendrian de ellos excelentes auxiliares para la caza si se les pudiera reducir á la domesticidad.

Para la casa ó el salon no serian nada á propósito, pues además de su propension á morder, tienen todavía otro defecto, y es, como dice muy acertadamente Heuglin, que despiden un hedor insoportable, todavía peor que el de las hienas.

Debo, por último, observar que los perros-hienas en cautividad procrean fácilmente, llegando á dar á luz hasta diez pequeñuelos, segun ha podido observarse en un jardin zoológico. Desgraciadamente sucede á estos animales lo que á tantos otros de las regiones inter-tropicales: á pesar de lo mucho que se les cuida sucumben tarde ó temprano á la tisis pulmonar, á esa enfermedad generalmente incurable, la cual hace tantas víctimas en nuestros jardines zoológicos como entre los hombres.

LOS HIÉNIDOS—HYÆNIDÆ

Entre los animales de las colecciones ambulantes se ven siempre algunos que suelen merecer de parte del público una atencion especial, gracias á las explicaciones que, con la esperanza de alguna pequeña gratificacion, hace el dueño de los animales, esforzándose en representarlos como verdaderos monstruos, á los cuales atribuye las cualidades mas aborrecibles. La ferocidad, la rapacidad, el instinto cruel, la sed de sangre y la astucia traidora son de ordinario los menores defectos que el hombre los supone, sobre todo á las hienas, á las cuales pinta como profanadoras de cadáveres y desenterradoras de muertos, logrando con esto despertar infaliblemente un sentimiento de horror en las imaginaciones de todos los espectadores ignorantes en historia natural. Hasta ahora no ha logrado la ciencia todavía evitar que se propaguen tales falsedades que, muy por el contrario, y á despecho de todas las enseñanzas, se han conservado desde remotos tiempos siempre frescas y vivas.

Pocos animales existen cuya historia se haya enriquecido con tantas fábulas y leyendas inverosímiles como las que cuenta la de las hienas. Los antiguos decian ya de ellas cosas mas increíbles: aseguraban que los perros, al tocarles la sombra de una hiena, perdian la voz y los sentidos; que estos espantosos carnívoros imitaban la voz humana para atraer á las personas, acometerlas repentinamente y matarlas; y que un mismo individuo reunia en sí ambos sexos, siéndole dado cambiar uno por otro y presentarse tan pronto como macho ó como hembra. «El cuerpo, dice el anciano Gessner, es horrible y está cubierto de manchas azules; los ojos son espantosos, de un color que va cambiando de continuo, al capricho del animal: tiene la cerviz sin movimiento, á semejanza del lobo y del leon; y en su cerebro se encuentra una piedra preciosa de gran virtud. Hay quien escribe que despues de muerta la hiena sus ojos se trasforman en piedras.

»Durante la noche la vista de este carnívoro es muy perspicaz; mientras que de día casi está privado de ella. Su voz puede imitar la de los seres humanos. Toda clase de cuerpos muertos le sirven de alimento, así de personas como de animales: dicese que tambien registra los sepulcros, siempre ávido de la carne de los cadáveres. Es tan poderosa su facultad de adormecer á las gentes que aunque las encuentre en el primer sueño, las aletarga profundamente, pudiendo entonces hacer de ellas su presa.» Lo mas notable es que tales fábulas se repiten en todos los países que han llegado á conocer las hienas. Los árabes, sobre todo, refieren numerosos cuentos sobre estos animales; creen de la mejor buena fe que los hombres se vuelven locos despues de haber comido carne de hiena, y entierran la cabeza del muerto para que los mágicos perversos no tengan ocasion de hacer conjuros sobrenaturales. Aun hay mas; abrigan la firme conviccion de que las mismas hienas no son otra cosa sino hechiceros disfrazados que durante el día se pasean en su forma humana, mientras que de noche toman el disfraz de la hiena para perder á los justos. Mi mismo criado árabe me previno é

instó sinceramente á no tirar á las hienas refiriéndome historias lúgubres del poder de los espíritus infernales y disfrazados.

«Esos hombres encantados, esos condenados por Alá el sublime, me dijo mi criado Aali, pueden detener la circulacion de la sangre en las venas y los latidos del corazon, secar las entrañas y cambiar la razon en demencia con la sola mirada de sus malignos ojos. Uno de nuestros señores, Khurchid-Bajá, mandó incendiar muchas aldeas, Dios le

bendiga por ello, en las cuales vivian esos hechiceros, y sin embargo, su número continúa siendo bastante grande. ¡Tan poderosos son, por desgracia de los creyentes! Verdad es que Alá los arrojará en lo mas profundo del infierno; pero mientras vivan nos convendrá evitarlos y rogar á nuestro protector Alá que nos libre de los demonios arrojados de su gloria. Aquel príncipe tuvo una muerte prematura, porque era inexorable contra todos los hechiceros; y no cabe duda que solo la mala mirada de uno de esos ojos malignos le llevó al



Fig. 244.—HIENAS ACOMETIENDO AL BUFALO

sepulcro! Créeme, yo mismo estaba en gran peligro; solo el Todopoderoso me ayudó y abrió mi corazon al buen consejo; mi oído estaba atento para escuchar la voz del que me avisaba. Quise ir con uno de mis hermanos á cazar aquellos espíritus nocturnos del infierno que peleaban furiosamente sobre el cadáver de un camello; pero detúvome oportunamente el hijo de un jeque sabio diciéndome: «¡Escuchad, oh creyentes, la voz de los seres que tomáis por hienas! ¿Se parece acaso á la voz de un animal? Ciertamente que no. ¿No se asemeja mas bien á la exclamacion de dolor de una persona que se lamenta? Es indudable. ¡Oh, entonces, creedme; los que teneis por animales no son otra cosa sino grandes pecadores que se lamentan y gimen arrepentidos de su horrible crimen! Y ¿no parece esta voz al propio tiempo una carcajada del diablo? ¡Es porque el maldito habla por su boca! Sabed que estos seres hechiceros han causado ya muchísimas desgracias. Yo conozco un jóven que mató una hiena; y al día siguiente notó ya que no tenia la misma fuerza: era porque se habia trasformado en mujer. Conozco á otro cuyos huesos se secaron desde el momento en que mató á uno de estos hechiceros. ¡Renunciad á vuestro propósito, hermanos míos!» Lo hicimos así y durante toda la noche oí los aullidos de las hienas. Era como si los criados del diablo disputasen. Estos no eran animales, eran verda-

deros mágicos; eran los hijos del maldito. Mis miembros temblaban de espanto, mi lengua se secó, oscurecióse mi vista, y me deslicé acobardado de allí para buscar mi lecho. Créeme pues, tú tambien, que cometes una mala accion si con tu carabina haces fuego sobre aquellos que tomas por animales. Verdad es que son mas réprobos estos hechiceros infernales, é hijos del maldito; jamás tendrán suerte; jamás disfrutarán de las alegrías de la paternidad, aunque tuviesen un harem igual al del sultan; jamás llegarán á ver el paraíso, sino que gemirán en las tinieblas mas profundas del infierno y se perderán por toda la eternidad; pero al hombre religioso no le está bien buscarlos, y yo, señor, he llegado á conocerte por hombre justo, y por esto debes escuchar mi aviso!»

Los cuentos y las leyendas tienen siempre sus personajes. Preciso es que un sér del que se cuentan y se creen tantas cosas estupendas tenga alguna cosa especial en su aspecto, y esto lo encontramos tambien confirmado en las hienas (*hyaenidæ*). Se parecen á los perros, y sin embargo discrepan de ellos en cada punto; se agregan á esa familia y están aislados. Su aspecto no es de ninguna manera agradable, sino decididamente repugnante. Todas las hienas son feas, porque no son mas que indicios de una forma que conocemos en su perfeccion. Hay sabios investigadores que las consideran co-